

UNIDAD EUROPEA

Guión

¿Unidad europea? ¿Económica? ¿Política? Como teólogos, no nos corresponde juzgar de unas realizaciones concretas, pero sí podemos recordar algunas ideas propuestas por los últimos Sumos Pontífices.

“Nadie duda que el establecimiento de una unión europea ofrece grandes dificultades”, decía Pío XII. “Sin embargo, añadía, no hay tiempo que perder... es de urgencia que se haga cuanto antes”.

El logro de una unidad europea exigirá serias concesiones a todos los miembros de una Europa unida. No será la menor la limitación de su soberanía, el someterse a una autoridad superior. Pero reflexionemos, ¿No es esto una necesidad natural? El concepto de sociedad civil perfecta, autosuficiente para el bien común de sus ciudadanos, ha evolucionado con el curso de la Historia. A partir de la unidad familiar primitiva y a través del clan, la tribu y la ciudad-estado, se llegó en el siglo XVI al Estado moderno, a la nación. Cada mejora sería en las estructuras técnicas o culturales de la sociedad ha traído consigo un cambio, una mayor compleji-

PROYECCION

dad y enriquecimiento de estructura política, sólo realizable dentro de una unidad de alcance mayor. Así la aplicación de la pólvora a usos militares y la constitución de los ejércitos nacionales, la invención de la brújula con las consiguientes mejoras en los métodos de navegación y comercio internacional, la invención de la imprenta con la difusión de la cultura, fueron factores que contribuyeron no poco a la constitución del Estado nacional.

“Los recientes progresos de la ciencia y de la técnica”, son palabras de Juan XXIII en la Pacem in terris, “que han logrado repercusión tan profunda en la vida humana, estimulan a los hombres, en todo el mundo, a unir cada vez más sus actividades y asociarse entre sí”. “...en todas circunstancias es evidente que ningún país puede, separado de los otros, atender como es debido a su provecho y alcanzar de manera completa su perfeccionamiento”, “...en las circunstancias actuales de la sociedad, tanto la constitución y forma de los Estados como el poder que tiene la autoridad pública en todas las naciones del mundo, deben considerarse insuficientes para procurar el bien común de los pueblos”.

Estas palabras de Juan XXIII nos indican bien claramente que ha pasado el momento histórico en que la nación era el ideal de la unidad política. Las circunstancias del mundo han cambiado y llegará el día en que se constituirá el Estado universal al que apuntaba el Sumo Pontífice en su Encíclica.

La corriente de la Historia impone ciega, necesariamente, realidades políticas nuevas que respondan a las exigencias de hoy. Podemos, con visión miope, oponernos, levantar muros, retrasar el advenimiento de esta nueva estructura. Finalmente las aguas acabarán desbordando nuestros esfuerzos y se precipitarán valle abajo, produciendo grandes destrozos.

Algunos justifican su oposición a la nueva Europa, juzgando la suficiencia de hoy por su valer de ayer. Oigamos a Pío XII: “Algunas naciones del Continente, con su larga historia tan llena de recuerdos de gloria y de poderío, pueden hacer fracasar también la constitución de una nueva unión europea, expuestas como están, sin darse cuenta, a medirse a sí mismas con la escala de su propio pasado más bien que con la medida de las realidades presentes y de las previsiones del porvenir. Por esto se espera de ellas que sepan hacer abstracción de su grandeza de antaño para alinearse sobre una unidad política y económica superior”.

Otros invocan auténticos valores presentes, que temen han de perecer en una unión con otros países. “Los que temen que la unificación europea desemboque en el allanamiento y desaparición de

PROYECCION

los valores históricos y culturales de los diversos países”, —decía hace pocos días S.S. Paulo VI— “lejos de retardarla, debían favorecer la formación de las estructuras del nuevo cuerpo de Europa para evitar que la unidad sea impuesta por factores de orden externo y material, con menoscabo del patrimonio interno y espiritual, o por la fuerza de la necesidad, a la que mañana será difícil oponerle una resistencia eficaz”. La unificación llegará de todas maneras, parece decir a los que la temen el Papa; hacedla ahora que aun es posible modelarla a vuestro gusto. Mañana será quizás demasiado tarde.

La unidad se impone y hay que favorecerla, para poder encauzarla según criterios que respeten valores eternos de respeto a la persona, a la familia, de los grupos inferiores. “Es preciso crear una opinión pública, ...es necesario dar a conocer a todo el mundo, sobre todo a la juventud, la excelencia de la causa de una Europa unificada...” Estas palabras de Paulo VI no son un simple elogio, son un estímulo, un apremio para el trabajo en pro de una Europa unida. Y es que la unificación de Europa es una labor digna del hombre y del cristiano. Parece que la unidad se impone por un imperativo histórico; debemos aceptarla libremente como un imperativo de la caridad. El ideal del hombre es la unión con sus semejantes. Limitaciones humanas han impuesto unidades políticas reducidas. Cada paso hacia una unidad mayor, que sabe respetar las diferencias de los miembros del grupo, es un acercamiento a la perfección social, un progreso en la ejecución del mandato de la unidad en el amor. Europa es un paso que se impone en el camino hacia la unidad mundial, que propugnaba Juan XXIII.

Además Europa, en frase de Pío XII, tiene un cometido especial en el concierto del mundo: “Por encima de ese fin económico y político, la Europa unida debe asumir como misión la afirmación y la defensa de los valores espirituales”.

Una última palabra, para terminar. Unidad no significa uniformidad. Cada unidad política superior debe respetar las peculiaridades que no dañen al bien común, de las comunidades inferiores. Debe respetarlas y aun favorecerlas, porque la unidad en la diversificación hace más perfecta a la sociedad.

Como teólogos, hemos expuesto el ideal, la postura que creemos se debe adoptar ante el problema. Hemos aducido en nuestro favor testimonios pontificios. Con ello no pretendemos imponer una doctrina, o una opinión política, como tampoco lo pretendieron ellos. Pero siempre es interesante saber que los Papas pensaban y piensan así.